

Psicoanálisis en Argentina

*Samuel Arbiser*¹

Resumen

Respondiendo al interés que suscita la gravitación internacional del psicoanálisis en la Argentina he tratado de realizar una crónica desde una perspectiva amplia de su evolución histórica y el estado actual de su práctica. Por razones expositivas he dividido en varios períodos estos desarrollos, vinculados, de alguna manera al devenir -bastante azaroso- del contexto social, cultural y político del país. En el período preinstitucional el psicoanálisis, conocido a través de la traducción al castellano de 1922, era motivo de apasionados debates en los círculos intelectuales y psiquiátricos. A fines de 1942 se funda la Asociación Psicoanalítica Argentina promovida por un entusiasta grupo local y dos analistas formados en Europa, lo que denomino el período institucional. Es en el período de consolidación que el psicoanálisis argentino alcanza una cumbre de fertilidad creativa con los nombres más trascendentes e ideas más originales. La crisis de los años 70 coincide con las convulsiones ideológicas mundiales y la irrupción de nuevos paradigmas. El período actual muestra un exuberante repertorio de paradigmas y prácticas y una abundante y desordenada oferta que contrasta con una magra demanda de atención psicoanalítica.

Summary

Psychoanalysis in Argentina.

Samuel Arbiser

The interest aroused by the weight, at an international level, of the Argentine psychoanalytic experience, motivated my attempt to write a chronicle of the historical evolution and current status of psychoanalytical practice in Argentina from a broad perspective. In order to facilitate the exposition of these developments, I have divided them into several periods, linked to some extent to the rather difficult evolution of the social, cultural and political context of the country. During the pre-institutional period, psychoanalysis, which had become known through the 1922 Spanish translation of Freud's works, was the subject of passionate debates in the intellectual and psychiatric circles. The Argentine Psychoanalytic Association, promoted by an enthusiastic local group and by two analysts trained in Europe, was created at the end of 1942; I have termed this

¹ *Miembro de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires.
E-mail: samiar@fibertel.com.ar*

stage the institutional period. During the subsequent period of consolidation, Argentine psychoanalysis reached a peak of creative fecundity that includes the most transcendent names and the most original ideas. The crisis of the 1970s coincided with ideological upheavals worldwide, and with the emergence of new paradigms. The current period shows an exuberant repertory of paradigms and practices, and an abundant and disorderly number of proposals that contrasts with a decreasing demand for psychoanalytic treatment.

**Descriptores: HISTORIA DEL PSICOANÁLISIS /
 RESEÑA CONCEPTUAL /**

El peculiar desarrollo, en extensión y profundidad del psicoanálisis y su práctica en la Argentina ha suscitado el interés y la curiosidad en los más diversos ámbitos. En estos medios se ha instalado la pregunta acerca de los determinantes de este fenómeno expansivo de una disciplina de vanguardia y de una práctica tan sofisticada en este lugar periférico del planeta. No se pretende con este artículo responder a interrogantes que entrañan una complejidad digna de un abordaje por parte de disciplinas especializadas. Se trata -más bien- de brindar una crónica testimonial que no puede ser más que personal y que, sólo incidentalmente podría contribuir en forma modesta a responder la pregunta.

Historia

A fin de ordenar la exposición convendría escalonar esta historia en varios períodos, aunque el criterio de ese ordenamiento pueda resultar algo arbitrario. Un período **preinstitucional**, un período **pionero**, uno **de consolidación**, otro de **la crisis de los 70** y finalmente **el momento actual**.

Respecto del origen de su población y su raigambre cultural, la Argentina, en especial, Buenos Aires –su capital- , es bastante atípica con relación a los demás países de Latinoamérica y la mayor parte de su propio territorio interior. Su población proviene en gran medida de la inmigración europea y, como resultado de las luchas de la organización del Estado se impuso en el país, desde la segunda mitad del siglo XIX, la corriente “porteña” ligada a los ideales de progreso y los valores culturales europeos. Durante esa época las clases dirigentes que gobernaban la nación estaban imbuidas por

ideales intelectuales liberales. Baste recordar que desde los años 80 regía la ley de *enseñanza universal, laica y obligatoria*. Además, condiciones coyunturales le permitieron al país, desde las últimas décadas del mencionado siglo XIX hasta la crisis económica mundial del año 1930, gozar de una envidiable prosperidad. Buenos Aires, se convertiría así, en un polo de atracción para la implantación de las ideas de vanguardia que se desarrollaban en el continente europeo.

Período preinstitucional.

Desde 1922, circulaba en Buenos Aires la traducción al español de López Ballesteros de las Obras Completas de S. Freud. De este modo nuestros ávidos intelectuales, profesionales y diletantes amateurs contaban con un tema apasionante para debatir en las diferentes tertulias. A favor o en contra pueden recordarse los nombres de José Ingenieros, Aníbal Ponce, Nerio Rojas, Belbey, Gregorio Bermann entre muchos más.

En el diario personal de Freud (Freud Museum, 1992) consta la visita a Viena de dos eminentes psiquiatras argentinos: los mencionados Nerio Rojas y G. Bermann, en forma separada, en febrero de 1929. De todos modos, fuera de algunos casos aislados, no hay constancia de la pregnancia del pensamiento freudiano en la teorización y en la práctica psiquiátrica, que en esos tiempos estaba preponderantemente influenciada por la psiquiatría clásica alemana y francesa. Ninguno de los nombrados de esa élite psiquiátrica se incorporará al psicoanálisis institucional del período siguiente y más aún, algunos fueron aguerridos militantes intelectuales contra el psicoanálisis.

Período pionero.

En contraste con los consagrados psiquiatras del período anterior, de gran notoriedad en la ciencia oficial y en los tradicionales círculos intelectuales existía, por otra parte, en las postrimerías de la década de los años 30, un entusiasta grupo local nucleado alrededor de un puñado de jóvenes profesionales intelectualmente inquietos y sedientos de lo novedoso como Arnaldo Rascovsky y Enrique Pichon Rivière. Ambos abocados al estudio de la obra de Freud y a aplicar en sus áreas de incumbencia médica los audaces recursos que adquirirían con esas lecturas. La llegada de dos analistas, oficialmente entrenados en Europa permite, a la mayor parte de ese grupo, experimentar finalmente el anhelado análisis personal. Esos esperados psicoanalistas eran el argentino Celes Cárcamo, formado en la Sociedad Psicoanalítica de París y el español Angel Garma, en el Instituto de Berlín. En 1942, entre el grupo local y los analistas provenientes de Europa fundan la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA), y recién con ella se inicia el psicoanálisis institucional. En conjunto, y al amparo de este marco, se abocaron a la audaz tarea de estudiar, producir y difundir el psicoanálisis en este ambiente, culturalmente hostil², por una parte, y extraordinariamente receptivo, por la otra. Este grupo fundador, en el que habría que agregar a Guillermo Ferrari Hardoy, contó con la colaboración y el talento psicoanalítico propio de varias de las esposas: Matilde Wencemblat de Rascovsky, Arminda Aberastury de Pichon Rivière y Elizabeth Goode de Garma. Pronto se agregaron a este grupo -por cierto bastante endogámico- Lucio Rascovsky, Marie Glas de Langer, Luisa Alvarez de Toledo, Heinrich Racker y Flora Scolni. En contraste con el período precedente, en que el esfuerzo de aplicación de las ideas freudianas era aislado e inorgánico, se instala en la sociedad una prestación clínica encausada en los preceptos teóricos, técnicos y éticos acordes a los que regían en los demás centros psicoanalíticos mundiales. En este período, que se extiende aproximadamente a las postrimerías de la década de los 50, se van definiendo diferentes áreas de interés y perfilando las

² *Ya se percibían en el clima cultural local fuertes influencias del fascismo y nazismo europeo, que desembocaron en el gobierno peronista. Se llegaron a dictar seminarios con la presencia policial.*

distintas líneas teóricas que irán gravitando en las décadas siguientes. La APA se constituye en el eje excluyente de una paulatina e incesante expansión de la disciplina y ejerce el monopolio en la formación de las nuevas generaciones de analistas.

El psicoanálisis de niños y adolescentes recibió el empuje y la inventiva de Arminda Aberastury y Elizabeth Garma, bajo la influencia de los aportes teóricos y técnicos de Melanie Klein (interpretación de la fantasía inconciente a partir de la técnica de los juegos y exclusión de toda intervención pedagógica). Angel Garma, analizado de Teodor Reik y supervisado por Otto Fenichel, desplegó su interés en variadas áreas en las cuales impuso su sello personal. Refutó la teoría alucinatoria de Freud en 1931, generalizó la hipótesis traumática en la génesis de los sueños, y dio impulso a la investigación y tratamiento psicoanalítico del padecimiento psicosomático. El énfasis en el sadismo del superyo y el masoquismo del yo campea tanto en sus modalidades interpretativas como en sus concepciones teóricas.

Celes Cárcamo, analizado de Paul Schiff y supervisado por Rudolph Loewenstein, poseía singulares dotes personales aunadas a múltiples intereses en filosofía, arte y religión. Su definida pertenencia católica lo diferenciaba del conjunto mayoritario de los analistas, más próximos a posturas laicas y de variadas tonalidades dentro de la izquierda. “La serpiente emplumada (psicoanálisis de la religión maya-azteca y del sacrificio humano)” (1943) fue, en nuestro medio, el primer intento de abordaje psicoanalítico de temas mitológicos americanos. Como se ha señalado, hombre de una vastísima cultura y de una aptitud reconocida para el contacto humano respetuoso y cálido, convocó a la formación psicoanalítica a profesionales católicos que se identificaron con esas especiales cualidades humanas. La técnica y la psicosomática fueron también objetos de su indagación, y su posición ante el abordaje psicoanalítico de las psicosis era más bien escéptica. En contraste con los demás miembros de su generación analítica local y, acorde con su propia formación con los iniciadores de la “psicología del Yo”, utilizaba las premisas de esta escuela en su técnica que, consecuentemente, se centraba más en el análisis de las defensas que en el análisis de los contenidos.

En cambio, de la mano de la experiencia psiquiátrica de Enrique Pichon Rivière y de las investigaciones de Arnaldo Rascovsky sobre la manía, el interés por el abordaje psicoanalítico de la psicosis fue más entusiasta. El primero un pensador con una vasta formación cultural y familiarizado con la patología del hospicio postuló la teoría de la *enfermedad única*, que propone una psicopatología girando en torno a las vicisitudes de un núcleo psicótico central, denominado “*situación depresiva básica, patogenética, siendo todas las estructuras patológicas tentativas de elaboración o desprendimiento de dicha situación nuclear*” (Pág. 280, Pichon Rivière, 1971). La ecuación etiológica la expresa como *policausalidad*, que complejiza las “series complementarias” freudianas incluyendo en lo constitucional el discurso familiar anticipatorio al nacimiento, emergente del discurso explícito e implícito del entorno cultural. La *pluralidad fenoménica*, resulta de las técnicas defensivas que ubican el objeto “bueno” y “malo”, producto de la disociación esquizoide, en las diversas áreas de expresión fenoménica: cuerpo, mente y mundo externo. La *continuidad genética* plantea una primera emergencia de la situación depresiva, “protodepresión” por la pérdida del vientre materno en el nacimiento, a la que le sigue “la posición depresiva del desarrollo”, descrita por M. Klein; “la depresión desencadenante” de la enfermedad surge de una pérdida o frustración real o fantaseada, que conduce por regresión -“depresión

regresional"- a los puntos de fijación y, finalmente la "depresión iatrogénica" sería la que sobreviene con la curación por el método psicoanalítico al integrar el objeto "bueno y malo", desideratum de la posición depresiva, antes disociado, por los mecanismos esquizoides.

Arnaldo Rascovsky, un exitoso pediatra con innovadoras ideas en su especialidad, sostuvo una ingeniosa propuesta explicativa de la manía basada en la fijación a *una posición maníaca prenatal*, previa a la posición esquizoparanoide de M. Klein («Psiquismo fetal» [1960]). Redobra de esta manera la apuesta kleiniana de antedatar el origen del yo y del objeto a la vida fetal; origen que esta autora había llevado al temprano momento del nacimiento. La provisión absoluta e incondicional -por parte de la madre- de las necesidades metabólicas del feto a través del cordón umbilical permite un contacto pleno y total entre el ello y el yo prenatales. Así el yo se convierte en ideal en tanto puede, bajo estas condiciones funcionar como receptor irrestricto de todas las necesidades del ello. La bidimensionalidad y la preeminencia de lo visual de las representaciones, y las leyes de este funcionamiento mental primitivo explicarían para este autor, no sólo las psicosis, sino también la genialidad, la creatividad, y muchos fenómenos parapsicológicos hasta ahora inexplicados, por lo cual, estos mecanismos no estarían exentos de cierta connotación de valoración positiva. Pero aparte de estos aportes al cuerpo teórico del psicoanálisis, a los que se debería agregar la postulación de tendencias "filicidas" en la fórmula motivacional humana, Arnaldo Rascovsky fue un extraordinario difusor social de la disciplina en el país y en gran parte de Latinoamérica, además de un eficaz fundador de instituciones para tales fines.

La aplicación del psicoanálisis a los abordajes grupales fue otra área motorizada no sólo por el interés teórico, sino por la presión de una creciente demanda terapéutica. En este sector se perfilaron ya posturas teóricas diferentes sustentadas en una diversidad ideológica³. Por ejemplo, A. Garma, A. Rascovsky y sus seguidores se inclinaban, por así decirlo, por *el análisis individual en el grupo* (Slavson S.R.1957). Como contraparte, Marie Langer, con L. Grinberg y E. Rodrigué (1957) -estos dos últimos de la generación siguiente- proponen el *análisis del grupo*, ("la mente del grupo") en un todo acorde con los lineamientos kleinianos y bionianos. En cambio, E. Pichon Rivière desde una perspectiva multidisciplinaria (teoría del campo de Kurt Lewin, teoría de la comunicación de Bateson) y el propio psicoanálisis, gesta el llamado «*grupo operativo*» y la noción de «*grupo interno*» como configuración del psiquismo más apto para los abordajes terapéuticos tanto individuales como multipersonales. En esta última línea se han volcado mis propias inquietudes (Arbiser, S. 1973, 1978,1985, 1992, 2001).

En este primer período, si bien la influencia del psicoanálisis de las relaciones objetales (Melanie Klein, Fairbairn, Guntrip) se hacía cada vez más ponderable y evidente, la pregnancia de la personalidad y las ideas de los pioneros marcaba el tono de las teorizaciones. Por aquella época la "escuela americana" de la Egopsychology, se hacía presente, como ya se ha mencionado, sólo en la influencia de C. Cárcamo y por los libros de Otto Fenichel, H. Numberg, W. Reich y P. Federn que, entre otros, circulaban entre los ávidos lectores.

Dentro de este período pionero, además de los mencionados, no se puede dejar de recordar algunos trabajos que marcaron en forma indeleble el pensamiento argentino: El trascendental libro «Maternidad y sexo» de Marie

³ Yo mismo recuerdo personalmente a A. Garma calificar de fascistas los modelos de psicoterapia grupal que no respetaran la individualidad psicológica de sus integrantes.

Langer (1951) instituye la temática del título en estas latitudes. Con el clásico trabajo «El análisis del asociar, del interpretar y de las palabras» (1954) de Luisa Alvarez de Toledo arranca una corriente de interés por el lenguaje que retomará luego D. Liberman. Los trabajos de H. Racker (Estudios sobre Técnica psicoanalítica [1959]) sobre el valor instrumental de la contratransferencia (simultáneo con Paula Heimann en Inglaterra) y el estudio sistemático de la técnica psicoanalítica inician una promisoriosa línea llamada «*centrada en el método*», cuyo exponente actual más notorio es Horacio Etchegoyen. Aunque no existe una definición explícita acerca de lo designado como “centrado en el método”, se podría arriesgar la idea de que sus cultores darían un mayor énfasis a los aspectos prescriptivos de la teoría de la técnica. La dimensión de los aportes de H. Racker debe ser valorada a la luz de la significación que el reconocimiento de la contratransferencia y su uso instrumental suponen. A mi juicio constituye un punto de inflexión en la concepción del psicoanálisis en tanto se consolida el reconocimiento de la *interacción humana* como instrumento terapéutico e implica un voto de humildad porque, si bien no se resigna la asimetría del encuadre, paciente y analista comparten la misma sustancia humana conflictiva. El compromiso personal del analista es así reconocido y validado en tanto su respuesta interpretativa resulte del procesamiento psicoanalítico de sus vivencias, y se encuadre dentro de una distancia óptima, soslayando la respuesta o reacción directa y corriente que se da entre las personas que interactúan fuera del dispositivo analítico.

Período de consolidación.

El período abarca, en forma aproximada, algo más de la extensión de la década de los años 60. El retorno a la democracia a partir de 1958 - desafortunadamente precaria y transitoria-, simultáneo a uno de los momentos más brillantes de la historia contemporánea de la Universidad de Buenos Aires, brindó un marco favorable a la emergencia de una segunda generación de psicoanalistas, mejor analizados y formados gracias a la ponderable labor de los fundadores y pioneros del período anterior. Conviviendo con la incesante producción de éstos, surgen en esta época los nombres e ideas, que en alguna medida definirían la identidad de una eventual Escuela Argentina, si cabe tal pretensión. De todos modos es indiscutible que se asiste al nacimiento de una obra original que en las décadas siguientes conformaron lo medular e idiosincrático del pensamiento psicoanalítico local. Estas ideas y nombres deberían constituir un reparo orientador seguro ante la abundancia algo anárquica de paradigmas que caracteriza el momento actual. Así, a los nombres y contribuciones de A. Rascovsky, A. Garma, E. Pichon Rivière, H. Racker del período pionero, comienzan a trascender, local e internacionalmente, los nombres de León y Rebeca Grinberg, Willy y Madelaine Baranger, Jorge Mom, Emilio Rodríguez, Jorge García Badaracco, Mauricio Abadi, Edgardo Rolla, Fidias Cesio, José Bleger, David Liberman, Joel Zac, Horacio Etchegoyen y seguramente muchos más, dado que no he realizado una enumeración exhaustiva.

J. Bleger y D. Liberman, ambos muertos a edades prematuras pudieron, sin embargo, desarrollar gran parte de las enseñanzas que E. Pichon Rivière había dejado como tradición oral. Entre muchas otras, la *pluralidad fenoménica*, la concepción del ECRO y una perspectiva vincular del psicoanálisis. Ya se ha

hecho referencia a la pluralidad fenoménica con relación a la teoría de la enfermedad única. El ECRO es la sigla que se corresponde con el enunciado de Esquema Conceptual Referencial y Operativo. Escuetamente descrito, se refiere al bagaje vivencial y conceptual amalgamados con el que se aborda la labor psicoanalítica, y contiene la idea de la praxis, es decir, la realimentación recíproca entre la teoría y la acción (práctica). El ECRO sería una estructura conceptual en constante movimiento evolutivo sustentado en la experiencia de la vida. En la “perspectiva vincular” se pretende superar, tanto la perspectiva de “elección de objeto” freudiana, como la de “relación de objeto” kleiniana, solidarias ambas a la teoría pulsional, para ser relevadas por una concepción, en que sujeto y objeto son recíprocamente determinados desplazándose, en consecuencia, el acento desde el “sujeto” o el “objeto” al “entre” ellos, o sea a los contenidos y cualidades de la “relación”.

Bleger, fallecido en 1972 a los 49 años, era un sólido intelectual de formación marxista. Genuino psicoanalista, sus intereses se extendieron a la Psicología General, a la Psicología del Grupo y la Psicología de las Instituciones. Su difundido estudio sobre el *encuadre* (Bleger, 1967) es ampliamente citado en la literatura psicoanalítica europea y, en psicopatología encaró el estudio de la *simbiosis y la ambigüedad* que lo llevó a postular una teoría del desarrollo psicológico que partía de una fase de indiferenciación primitiva previa a la posición esquizoparanoide kleiniana que denominó «*posición glischrocárica*» (de *glischros*= viscoso, y *karion*=núcleo) que contiene un “núcleo aglutinado”. Toda la psicopatología de Bleger se sustenta en la mayor o menor persistencia del núcleo aglutinado y en sus diversas formas de neutralización a través del “control”, “clivaje”, “fragmentación”, “evacuación” o “inmovilización” en un depositario. La curación psicoanalítica sobreviene abordando en forma dosificada ese núcleo, llamado también “parte psicótica de la personalidad”. La alternancia entre las interpretaciones “clivadas” y “no clivadas” pondría en juego los mecanismos esquizoides, a través de los cuales se lograría la “diferenciación” objetal y yoica. De este modo cada partícula del “núcleo aglutinado” se despliega en sus polaridades, para permitir su discriminación y así desbloquear los mecanismos de introyección y proyección normal para restablecer su integración en la “parte no psicótica de la personalidad”. La interpretación “no clivada” favorece la simbiosis transferencial, mientras que la interpretación “clivada” restablece la diferenciación.

David Liberman⁴, fallecido en 1983 a los 63 años, a mi juicio el innovador más original y laborioso, reformula la psicopatología a partir de una propuesta metodológica centrada en la clínica psicoanalítica. La sesión analítica, entendida en términos de *diálogo* y el *proceso psicoanalítico* son el punto de partida y el objetivo central de la indagación; y utiliza para la misma, disciplinas auxiliares como la Semiótica, la Teoría de la Comunicación, la Lingüística Saussuriana y la Gramática Generativa de Chomsky como instrumentos que le permiten una sistematización más cercana a la *base empírica*. Toma de este último autor su postulación acerca del aspecto creador del lenguaje y el vínculo entre la estructura de la lengua y la psicología del conocimiento: “*Cuánto mayores sean los progresos logrados por un paciente en un tratamiento psicoanalítico, mayor capacidad tendrá para generar estructuras profundas complejas, que permitan emitir estructuras superficiales con gran riqueza...*” (Liberman, 1970, Pág. 312). Esto haría posible evaluar la evolución del diálogo

⁴ *En tanto es imposible extenderse en la riqueza y complejidad de su obra, remito al lector interesado a Arbiser, Samuel (2001b)*

psicoanalítico con indicadores objetivos provistos por las disciplinas antes mencionadas. Por ejemplo, “*La semiótica es la ciencia que estudia los principios generales que rigen el funcionamiento de los sistemas de signos o códigos y establece la tipología de éstos*” (Prieto, 1973). De este modo, la discriminación de las áreas semióticas en sintáctica, semántica y pragmática permite diferenciar diferentes grupos de pacientes según el área en el que se evidencia la distorsión predominante. Dicho en forma telegráfica: los pacientes con distorsión sintáctica son detectados por los accidentes a las leyes de la sintaxis de cada lengua, que está referida a la ordenación de las palabras en las oraciones. En estos pacientes la clásica “asociación libre” esta plenamente vigente. En cambio, los pacientes con distorsión semántica se detectan por la existencia de una (sutil o franca) discordancia entre los interlocutores, analista y paciente, en la adjudicación de significados a los significantes; lo cual conlleva a postergar el objetivo de la asociación libre en beneficio de una tarea de confrontación de significados que permita despejar los inevitables “malos entendidos”. Y finalmente, los pacientes con distorsión pragmática ponen su lenguaje al servicio de la acción: dicen más por lo que hacen que por lo que dicen verbalmente, por lo cual, en estos pacientes, la asociación libre está totalmente desnaturalizada. Otra variante de sistematización psicopatológica resulta de la posibilidad de discriminar objetivamente “*estilos*”, como si fueran estilos literarios, partiendo de las características estructurales únicas del código lengua, que por su doble articulación de significante/significado y de signo/signo, admite infinitas posibilidades combinatorias que el usuario inadvertidamente utiliza para construir los mensajes. Basado en la clasificación de Román Jakobson (1963) acerca de los factores y funciones de la comunicación humana, Liberman propone seis estilos acordes a cada factor y función reforzada en detrimento de las demás. En atención al sentido general de este trabajo sólo se enumerarán los estilos y sus correspondientes factores y funciones implicadas: En el *estilo reflexivo* el factor fuente y la función reflexiva; en el *estilo lírico*, como en el caso anterior, también el factor fuente, pero la función expresiva es la reforzada; en el *estilo épico* es el factor destino y la función conativa; en el *estilo narrativo* es el factor contexto y la función referencial; en el *estilo dramático que busca incógnitas y crea suspenso* es el factor canal y la función fática y finalmente en el *estilo dramático con impacto estético* el factor mensaje y la función poética.

El pensamiento de Pichon Rivière encontró también una posibilidad de concreción y desarrollo en el talento y la creatividad de Madeleine y Willy Baranger. En conjunto y separadamente contribuyeron decididamente en la perspectiva vincular del psicoanálisis con la propuesta de *la situación analítica como campo dinámico* (Baranger, W y Baranger, M, 1969). Paciente y analista, *la pareja analítica*, configuran un *campo* dentro del cual todos los fenómenos emergentes del mismo dependen de la interacción de ambos integrantes indefectiblemente ligados y complementarios mientras comparten el proceso psicoanalítico. Pero si bien ambos miembros de la pareja están involucrados en este campo dinámico, es el analista, quien debe observar el campo y observarse a sí mismo para formular una interpretación centrada en el psiquismo del paciente⁵ para que movilice los *baluartes* resistenciales y permita así restituir la dinámica del proceso terapéutico. Willy Baranger, fallecido en 1994, por su parte, dedica su esmerada y precisa reflexión a un examen crítico de la noción de “objeto”, tanto en las contribuciones de Freud, como en los de

⁵. La idea de “campo” implica una postura teórica. Esta postura no debe confundirse con la implementación técnica, totalmente contraria a las “confesiones contratransferenciales”.

Klein y Lacan (Baranger, 1971; Baranger, 1980). Dado el sentido general de este trabajo es imposible sintetizar sus ideas sin menoscabo de la riqueza de las argumentaciones, por lo cual sólo se mencionarán algunos puntos: En Freud, diferencia el “objeto de la pulsión” de “Tres Ensayos ...”, que es “contingente” y del nivel de la representación del “objeto de la identificación” de Duelo y Melancolía nada “contingente” y que terminará siendo “constitutivo” de la estructura psíquica. Para Baranger, M. Klein parte de esta segunda acepción freudiana del objeto y advierte sobre, por lo menos, dos usos del concepto por la autora: un uso metapsicológico y un uso fenoménico que se corresponden respectivamente al objeto como estructura endopsíquica y el objeto como casi-persona de las descripciones clínicas. Su examen del objeto también lo lleva a cuestionar la preexistencia del objeto “pecho”, previa a toda experiencia; la preeminencia del mismo por sobre todos los objetos posteriores y la correlativa concepción de “continuidad genética” que, como es sabido, se contrapone al concepto de “nachtraglichkeit” freudiano. Con lo cual se terminaría diluyendo la especificidad sexual tan cara al creador del psicoanálisis. Si bien en Klein, Baranger critica la sustancialidad del objeto, en Lacan critica precisamente lo contrario: la insustancialidad del objeto “a” de sus formulaciones algebraicas y su consecuencia técnica de trabajar sobre el sujeto y no sobre el objeto, lo cual llevaría a renunciar al concepto freudiano y kleiniano de mundo interno.

Dentro de este período, aunque algunos autores de la escuela americana eran conocidos -más por curiosidad que por adhesión- las posturas de la *Egopsychology* de Hartmann H., Loewenstein R. M., Kris E. y Rapaport D., nunca tuvieron mayor trascendencia fuera de las conocidas postulaciones acerca de la *alianza terapéutica* de E. Zetzel (1959), y la *alianza de trabajo* de R. Greenson (1965). Ante la falta de literatura explicativa acerca de la poca trascendencia en nuestro medio del psicoanálisis de América del Norte, arriesgo mi propia impresión al respecto: por una parte la intelectualidad argentina, de donde se reclutaban los psicoanalistas, se sentía parte de la intelectualidad europea e, imitando a los europeos de esa época, miraban con cierto desdén el *american way of life*. Y, por otra parte, la mayor parte de los psicoanalistas de esta época⁶ tenían, por adhesión o por pertenencia, una postura filosófico-política implícita o explícita de izquierda o centro-izquierda, que les impedía, siquiera la consideración de las ideas de *adaptación* o *área libre de conflicto*.

Aunque las tendencias teóricas preponderantes circulaban alrededor de los autores ingleses que se centraban en «las relaciones objetales», Bowlby, Balint, Fairbairn y Winnicott no podían, sin embargo, competir con la intensa pregnancia de las contribuciones de Melanie Klein y sus más cercanas colaboradoras: Paula Heimann, Hanna Segal y Susan Isaacs, para nombrar solamente a las más leídas. En la acmé de esta influencia kleiniana se podrían distinguir -en forma aproximada- cuatro posturas entre los psicoanalistas: los dogmáticos, o sea, aquellos empeñados en confirmar los asertos de la teoría; los kleinianos críticos como W. Baranger; otros que sustentaron e inspiraban sus teorizaciones en una profundización y desarrollo de sus concepciones (Grinberg, Bleger, Liberman, Etchegoyen, Zac y el primer Baranger) y finalmente aquellos que, en las postrimerías de este período, preocupados por las exageraciones de los *ataques envidiosos*, la exuberancia imaginativa de *las fantasías inconscientes* y de las despiadadas interpretaciones *profundas e inmediatas*, replicaron con un refrescante retorno (no lacaniano) a Freud: Con

⁶. Celes Cárcamo y la mayoría de sus discípulos pueden excluirse de esta caracterización.

distintos matices diferenciales pueden mencionarse a Ricardo Avenburg, Jorge Carpinacci y posteriormente Guillermo Brudny, como los nombres más reconocidos en esta línea.

Para esta época también hacen su aparición los post-kleinianos, cuyos aportes fueron acogidos de manera similar a lo que ocurrió con los kleinianos. D. Meltzer, W. Bion y H. Rosenfeld fueron ocupando paulatinamente el centro de la escena, complementando las ideas kleinianas y a veces desplazándolas. En este período de consolidación, la formación «oficial» psicoanalítica seguía en manos del Instituto de Formación de la APA, aunque hacen sus primeras apariciones las primeras escuelas extra-IPA de Psicoanálisis, que miembros de la propia institución fundan respondiendo al desfase entre una desbordante demanda y las políticas restrictivas de la Asociación.

Otro acontecimiento singular de este período lo constituye el ingreso del psicoanálisis a los servicios de los hospitales generales, disputando el terreno a la psiquiatría organicista clásica heredada de la tradicional psiquiatría francesa y alemana. El nombre de Mauricio Goldenberg, un maestro de la psiquiatría dinámica, es la figura emblemática de esta movida de significativas consecuencias teóricas y sociales: por una parte se establecen los puentes entre esta especialidad médica y el psicoanálisis y por la otra expande la atención psicoanalítica a amplios contingentes sociales.

También en esta década se crea la Facultad de Psicología en Buenos Aires con una programación curricular con una marcada preponderancia psicoanalítica, y con jerarquizados psicoanalistas en su cuerpo docente (León Ostrov, José Bleger, David Liberman y Rafael Paz, entre otros). Esta facultad convocó a incontables estudiantes, que una vez egresados, engrosarían el número de psicólogos con vocación clínica, que tenían imposibilitados su ingreso a la APA.

Todos estos movimientos expansivos, por una parte introducían en la sociedad el interés por el psicoanálisis, tanto en su sentido terapéutico, como en el sentido de fomentar una cultura psicoanalítica en amplias capas de la sociedad. Pero, importantes sectores interesados en una formación institucional sistemática, como la que ofrecía la institución oficial (APA) vieron frustrados sus aspiraciones por la política de ingreso limitado de ésta, y por legislaciones restrictivas para los psicólogos. Es decir, por una parte se fomentaba la demanda y por el otro lado se obstaculizaba la oferta formativa. Este pudo ser uno de los factores -entre muchos otros- que puede explicar el convulsionado período siguiente.

La crisis de los 70.

Con la década del 70 se inicia un período de altísima tensión en el país y en el campo psicoanalítico que nos ocupa. El mundo entero se sacude con el vértigo de cambios ideológicos y políticos. Baste recordar la admiración y el prestigio que en el mundo intelectual gozaba la Revolución Castrista cubana; el Mayo francés de 1968 y su repercusión en el cono sur de una América Latina crónicamente afectada por la inestabilidad política y económica. El psicoanálisis no podía sustraerse a estas circunstancias en que las posturas pasionales sofocaban todo pensamiento mesurado. Eran tiempos de acción y las actitudes contestatarias confrontaban con el supuesto establishment «reaccionario», realimentándose en forma recíproca. Figuras de primera magnitud (Marie Langer, Diego y Gilou García Reynoso, Emilio Rodríguez, Rafael Paz, entre muchos otros) desertaron de la APA en esta confusa

coyuntura. Se albergaron preponderantemente en los movimientos Documento y Plataforma. Ambos de declarada adhesión marxista, aunque el primero de aspiraciones más autóctonas y el segundo formando parte de una postura internacionalista nacida luego del Congreso de Viena de 1971. La temática acerca del compromiso social y político de los psicoanalistas era motivo de intensos debates así como las discusiones sobre el poder y la autoridad, que en el fragor de las pasiones pasaron a ser estigmatizados. Se acusaba a los psicoanalistas del pretendido establishment de querer “adaptar” mansamente a los pacientes a las “injusticias” distributivas del capitalismo. De este modo, el psicoanálisis empezó a ser acosado desde adentro de la institución psicoanalítica y desde afuera. Afuera otras psicoterapias alternativas disputaban el todavía, en ese entonces, «exuberante mercado» de pacientes que crecía al ritmo de un vértigo «consumista» fogueado por la inflación en el plano económico y el creciente malestar social e individual en el campo humano. Por dentro las posiciones antagónicas entre los psicoanalistas acerca de las distintas concepciones del psicoanálisis y del entrenamiento se fueron acentuando hasta culminar en el cisma que dividió la APA y dio lugar al nacimiento de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires (ApdeBA) en 1977.

En este escenario se van a introducir las ideas de Lacan; ideas que van a convocar a legiones de partidarios, no sólo por el valor intrínseco de algunas de sus concepciones, sino por el sesgo antiinstitucional que encarnaba, acorde con el momento contestatario ambiental y la imposibilidad de muchos psicólogos de integrarse en las instituciones oficiales. La dificultad de la lectura de sus textos obligaba a la creación de una jerarquía de exégetas que pronto proliferarían en una multiplicación de sub-escuelas y en la disputa de espacios en los hospitales, universidades y los medios de prensa.

Momento actual.

Podríamos situar arbitrariamente este período a partir de los años iniciales de la década del 80, con el retorno de la democracia. En el país funcionan seis instituciones psicoanalíticas de la Asociación Psicoanalítica Internacional (API). Tres en Buenos Aires y las otras en ciudades del interior del país. En contraste con los períodos previos, el psicoanálisis en los últimos años debe luchar denodadamente para diferenciarse y evitar diluirse dentro de un complejo e intrincado «Mundo Psi». A los casi 1500 analistas de la API se le sumaron varias decenas de miles que conforman ese heterogéneo y multitudinario “Mundo Psi “. Heterogéneo en muchos sentidos: diversidad en la proveniencia universitaria habilitante, diversidad en la filiación de escuelas psicológicas y diversidad en los diversos paradigmas dentro del campo psicoanalítico. El monopolio en la formación de psicoanalistas, que ostentaban las instituciones psicoanalíticas oficiales durante el primer y segundo período declinó sensiblemente a favor de la proliferación de numerosos centros de enseñanza extra-API con desperejo nivel académico y, en la mayoría de los casos, sin el requisito del análisis formativo. El ritmo de la demanda de análisis, que parecía inagotable en años anteriores, fue mermando en forma alarmante a partir de los años 90.

Sin embargo, todos estos rasgos, que configuran una inocultable crisis de la práctica psicoanalítica de nuestros días, contrastan con una actitud laboriosa y fecunda por parte de algunos grupos de psicoanalistas. La producción y la creatividad en el terreno de las ideas expresados en trabajos y libros, sin bien por una parte muestran una poco disimulada disputa por la

notoriedad en el magro mercado de pacientes y espacios de poder, por la otra revela una indeclinable vitalidad del psicoanálisis. De este modo se mantiene incesante el estímulo y receptividad para el estudio de las nuevas corrientes del pensamiento generado en otras regiones. Entre las líneas que últimamente han enriquecido el espectro de los intereses locales puede citarse el arraigo cada vez mayor de las ideas de D. W. Winnicott, que décadas atrás competían en desventaja con la prevalente influencia kleiniana. También la Psicología del Self de H. Kohut encontró un importante sector de psicoanalistas que se dedican a su estudio y desarrollos. Es mi propia impresión personal que los aportes Winnicott y Kohut *humanizaron* las posturas dogmáticas de Klein y de la Egopsychology, respectivamente. Los más interesados en la patología borderline frecuentan y utilizan los aportes de Otto Kernberg, quien introduce las relaciones de objeto en la mencionada Egopsychology. El trabajo de R. Wallerstein (1988) «One psychoanalysis or many?» es de los más debatidos entre los colegas interesados en la investigación. A estos últimos se les debe además la difusión y estudio de los trabajos de los alemanes Thomä, H. y Kächele, H.

También los disidentes lacanianos como André Green, Piera Aulagnier, Jean Laplanche han encontrado un lugar en que sus ideas son altamente valoradas y seguidas. Los interesados en medicina psicosomática recurren a las imprescindibles contribuciones de P. Marty y M'Uzan.

Actualmente, la pretendida escuela argentina está eclipsada por la repercusión y variedad de los paradigmas importados vigentes. No obstante, pueden rescatarse algunos aportes que conservan una línea de netos perfiles autóctonos y que tienen cierta trascendencia local e internacional. Uno de esos aportes es el ya mencionado «centrado en el método». Se origina en la «primera generación» con los trabajos técnicos de H. Racker y encuentra en la «segunda generación» a Horacio Etchegoyen que la perfecciona con novedosos aportes y un interés marcado en la vertiente epistemológica. Sin ocultar su inspiración kleiniana y postkleiniana aborda con mesura un debate ecuménico de un amplio espectro de las ideas psicoanalíticas históricas y vigentes como lo testimonia su imperdible libro (Etchegoyen R. H., 1991). Con más repercusión en Europa y América del norte, pueden mencionarse los aportes de David Rosenfeld a la teoría y el abordaje de las psicosis. Otra línea de gran pregnancia en el medio local se fue perfilando durante la década pasada al amparo de una diversificación de la práctica en el abordaje psicoanalítico de los grupos familiares y de la pareja matrimonial. J. Puget e Isidoro Berenstein han contribuido a formular un vigoroso cuerpo teórico en plena expansión en nuestros días en el que se reconocen la influencia de autores franceses como R. Kaës, P. Aulagnier y el estructuralismo de Levi - Strauss, entre otros. El interés por «lo social», imposible de obviar por las penurias en ese terreno de nuestro país, llevó también a incursionar en una postura que podríamos denominar “de compromiso” o “militante”, que intenta abordar en una perspectiva psicoanalítica a los fenómenos sociales de la violencia (Violencia de Estado y Psicoanálisis - Puget J. y Kaës R. [compiladores] [1991]).

Para terminar este artículo debo reiterar lo dicho al principio acerca la subjetividad de este intento de trazar un panorama del psicoanálisis argentino. De este modo me esforcé en remontar, desde mi propia visión, su historia y las corrientes más influyentes que interactuaron con los autores e ideas locales más representativas, así como del planteo de algunos problemas de la práctica actual. Consciente de esta subjetividad, reconozco mis propias preferencias e

interpretaciones sesgadas de los hechos que me pudieron llevar a cometer, en este sucinto recorrido, injustas omisiones y juicios discutibles; pero creo que esto fue inevitable y será, y deberá ser probablemente salvado y complementado con las crónicas que otros autores o cronistas también escriban. Por razones de límite de espacio, no se ha hecho una revisión bibliográfica que puede compensarse, en cierta medida, con la bibliografía que figura al final.

Bibliografía

- ABERASTURY, A.; CESIO, F.; ABERASTURY, M. (1967). *Historia, enseñanza y ejercicio legal del psicoanálisis*. Bibliográfica Omega.
- ALVAREZ DE TOLEDO, L. (1954). El análisis del asociar, del interpretar y de las palabras. *Rev. de Psicoanálisis*, nº 3, 1954.
- ARBISER, S. (1973). Esquemas de Psicoterapias con grupos. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 1973.
- (1978). Un modelo de Psicoterapia grupal. Los aportes de Pichon Rivière, *Revista de Psicoanálisis*, T. XXXV, Nro. 4.
- (1985). El grupo interno: acerca de la relación entre la red intrapsíquica y la red interpersonal, *Psicoanálisis* (Apdeba), Nro. 3, Vol. VII.
- (1992). Una propuesta de cambio en la concepción del psiquismo: el grupo interno. *Boletín científico. Sociedade Psicanalítica do Rio de Janeiro*. Edição Especial.
- (2001). El grupo interno, *Revista de la SAP*, Nro. 4, 2001.
- (2001). David Liberman en *Grandes Psicoanalistas Argentinos*, Roberto Doria Medina (Compilador), Grupo Editorial Lumen, Buenos Aires.
- BALÁN, J. (1991). *Cuéntame tu vida*. Planeta. Espejo de la Argentina.
- BARANGER, W., BARANGER, M. (1969) *Problemas del Campo Psicoanalítico*, Kargieman, Buenos Aires.
- BARANGER, W. (1971). *Posición y Objeto en la Obra de Melanie Klein*, *Psicoanálisis en Argentina 180* - Kargieman, Buenos Aires.
- BARANGER, W. y colaboradores (1980). *Aportaciones al concepto de objeto en psicoanálisis*. Amorrortu. Buenos Aires.
- BARANGER, W.; MOM, J. (1984). Corrientes actuantes en el pensamiento psicoanalítico de América Latina. *Actas del XV Congreso de Fepal*.
- BLEGER, J.(1967). *Simbiosis y Ambigüedad*, Paidós, Buenos Aires.
- CÁRCAMO, Celes E. (1943). La serpiente emplumada (Psicoanálisis de la religión maya-azteca y del sacrificio humano). *Revista de Psicoanálisis*, Año 1, Nº 1.
- CESIO, F. (1981). Historia del movimiento psicoanalítico latinoamericano. *Rev. de Psicoanálisis*, XXXVIII, 4.
- COREL, A.; FAIMBERG, H.; WENDER, L. (1982). El psicoanálisis en la Argentina. ETCHEGOYEN, R.H. (1991). *The fundamentals of psychoanalytical technique*. London: Karnac Books. FEPAL. (1994). *Revista Latinoamericana de Psicoanálisis*; Vol. I, nº. 1. FREUD MUSEUM (1992). *Diario de Sigmund Freud (1929-1939)*, Hogarth Press, Londres.
- GRINBERG, LANGER , RODRIGUÉ. (1957) *Psicoterapia del grupo*, Paidós. Buenos Aires.
- JAKOBSON, R. (1963). *Essais de lingüistique générale*, Ed. de Minuit. París, Francia. LANGER, M. (1951). *Maternidad y sexo*. Paidós: Buenos Aires.
- LIBERMAN, D. (1970). *Lingüística, interacción comunicativa y proceso psicoanalítico*, Galerna-Nueva Visión, Buenos Aires.
- PICHON RIVIÈRE, E. (1971). *Del Psicoanálisis a la Psicología Social*, Tomo II, Editorial Galerna. Buenos Aires. PRIETO, Luis (1973). La semiología. En: *El lenguaje y la comunicación*, Tratado del Lenguaje, André Martinet, Buenos Aires, Nueva Visión. PUGET, J.; KAËS, R. *Violencia de estado y psicoanálisis*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- RACKER, H. (1959). *Estudios sobre técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós. RASCOVSKY, Arnaldo (1960) *El psiquismo fetal*, Paidós.

SLAVSON, S. R.(1957). Are group dynamics in Therapy Groupes? *Int. Jour. Of Group Therapy*.

WALLERSTEIN, R. (1988). One psychoanalysis or many? *Int.J.Psycho-Anal.*, 69: 5-21. WENDER, L.; TORRES, D.; VIDAL, I. (1992). *Psychoanalysis International. A guide to psychoanalysis throughout the world*. vol. 2, edited by Peter Kutter.